

Angélica Gorodischer o el inextinguible anhelo de la libertad

Mercedes Güiraldes

Editora 1

“Sus grandiosas imágenes sobre un imperio milenario se nutren en parte del legado europeo en el Nuevo Mundo, como sombras chinescas de fuerzas pavorosas y poder irracional, decadencia y esplendor, corrupción, violencia y el inextinguible anhelo de libertad”.

Ursula K. Le Guin (introducción a su traducción de *Kalpa Imperial*)

Durante treinta años fui la editora de Angélica Gorodischer en Emecé. Cuando la conocí ella tenía 64 y una carrera literaria a sus espaldas, con publicaciones en diversos sellos. El Premio Emecé, que recibió en 1985 por *Floreros de alabastro, alfombras de Bokhara*, la había acercado a la editorial a la que ingresé en 1992. Colaboré con ella en la publicación de libros tan cruciales como *Menta, Doquier, Tumba de jaguares, La noche del inocente, Historia de mi madre, La cámara oscura* y varios más, hasta llegar al último, *Coro*, publicado en 2017. Pero no dejó de escribir. Hacia el final, ya con algunas lagunas de memoria que no afectaron su inteligencia ni su creatividad, hablaba de una nueva novela en la que trabajaba: *Preciosa cabellera*.

Títulos tan importantes como *Bajo las jubeas en flor, Casta luna electrónica, Trafalgar* y *Kalpa imperial* ya se habían publicado cuando Gorodischer llegó a Emecé y habían obtenido el reconocimiento y el elogio de la crítica. Se trataba de una autora leída y respetada, traducida a varios idiomas, invitada a congresos de literatura en diversos lugares del mundo, precursora del feminismo en la Argentina, escritora audaz y talentosa que experimentaba con formas, géneros y lenguaje sin caer nunca en la solemnidad, el gesto erudito o un vanguardismo de torre de marfil. Concebía a la literatura como un juego serio, un entretenimiento sofisticado y multifacético. Lectora voraz y desprejuiciada, siempre aggiornada, a la hora de escribir se documentaba mucho. Además de ficción, que consumía apasionadamente tanto de autores clásicos como contemporáneos, leía libros de historia,

de ciencia, tratados de física, medicina, antropología. Poseía una curiosidad omnívota y una capacidad de trabajo que no mermó nunca.

Aunque alguna vez afirmó que desde que tenía memoria se contaba historias a sí misma, Gorodischer empezó a escribir tardíamente, a los treinta años, lo que explicaba como una dificultad común a muchas mujeres a la hora de compatibilizar la vocación y las tareas domésticas. Empleada como bibliotecaria de una editorial médica y madre de tres hijos, al principio escribía por las noches o a la mañana muy temprano. Hasta que tomó la decisión de su vida: dejaría de trabajar para dedicarse a escribir. Eso hizo desde entonces hasta su muerte, a los 93.

Si bien su fama se cimienta en libros que, como *Kalpa Imperial*, están entre los mejores de la ciencia-ficción de todos los tiempos, el interés artístico de Gorodischer fue variando y la llevó a experimentar con géneros tan diversos como la novela feminista (*Mala noche, parir hembra*), el policial (*La noche del inocente*), la novela erótica (*Querido amigo*) y la autoficción (*Historia de mi madre*), entre otros. En esa búsqueda creativa no se atenía a reglas, modelos o interpretaciones fijas. Lo híbrido, lo paródico, lo anacrónico, lo elusivo, lo engañoso son rasgos característicos de sus ficciones. La cuestión de la identidad de género, presente en varios cuentos y en particular en la asombrosa novela *Doquier*, fue otra de las marcas de su escritura, mucho antes de que estuviera en primer plano o fuera una tendencia.

Aun cuando con el tiempo se apartó del género de la ciencia-ficción en el que había brillado, Gorodischer nunca fue una escritora realista. Como afirma en la introducción al cuento “Abecedario del Rif”, a la hora de escribir le interesaban “las realidades insoportables que están detrás de la realidad”; en un reportaje del diario *Clarín* dijo “se escribe para forjar otra realidad”. Buscaba indagar en los universos fantásticos o maravillosos que se esconden en la vida de todos los días, “saber que una está siempre al borde de algo crucial, preferir el borde del precipicio al centro cómodo, confortable, tedioso” (*Coro*).

Angélica Gorodischer fue una escritora de la periferia. Lo fue en tanto que mujer, sudamericana, argentina, rosarina. No buscaba para sí la centralidad, sino que se asumía feliz en esos márgenes que le permitían una gran libertad creativa. Eso no implica que rechazara el reconocimiento, pero este era tan bien recibido cuando se trataba del premio otorgado por una sociedad de fomento de la lectura de provincias, como de una invitación a disertar en una prestigiosa universidad extranjera, de la apertura de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires o del otorgamiento de su nombre a una sala de la Biblioteca Nacional en esa misma ciudad. Recibía esos halagos con pareja felicidad, para volver después a la tranquilidad recóndita de su escritorio al fondo de un jardín en una casa de la zona sur de la ciudad de Rosario, y seguir escribiendo.

Nota

¹ Buenos Aires, Argentina, 1965. Cursó la carrera de Letras. Desde 1992 editora en el sello Emecé, que en 2001 pasó a integrar el Grupo Planeta. Actualmente es Gerenta de Ficción en ese Grupo editorial. Entre los autores y las autoras con los que trabajó figuran: Angélica Gorodischer, Adolfo Bioy Casares, Silvina Ocampo, Juan Forn, Abelardo Castillo, César Aira, Ana María Shua, Juan José Becerra, Pedro Mairal, Fabián Casas, Tamara Tenenbaum, Marina Mariasch, Haroldo Conti, Fernanda García Lao y Ángela Pradelli.